

acusaciones del género y clase de las que acabamos de trazar, se renovaron en los reinos católicos. Parecia que la paz y la felicidad iban á renacer en todas partes, una vez realizada la proscripción del instituto de San Ignacio, único obstáculo á la concordia de los espíritus. Protestantes, enciclopedistas, universitarios, miembros del parlamento ó sectarios del jansenismo, hijos de tan diversas madres, se reunian en un pensamiento comun. Cada uno por su parte se disponia á acabar con los Jesuitas para preparar el triunfo de su causa. Un acontecimiento inesperado alentó á todas las esperanzas, y presentó una realidad á todas las acusaciones; este suceso fué la bancarrota del P. Lavalette.



TITULO II.

Causa de la destruccion de los Jesuitas en Francia.—Opinion de los escritores protestantes.—Luis XV y Voltaire rey.—Coalicion de los parlamentarios, de los Jesuitas y los filósofos contra la Sociedad.—Los doctores de la economía política.—Los judíos y las sociedades secretas.—Imputaciones que se hacen á los Jesuitas.—Los confesores de la familia real.—Retrato de Luis XV.—Atentado de Damiens.—Madama de Pompadour quiere amnistiar su vida pasada por un Jesuita.—El P. de Sacy y la marquesa.—Sus negociaciones con Roma.—Su carta confidencial.—El P. Lavalette en la Martinica.—Es denunciado como negociante.—El intendente de la Martinica toma su defensa.—Apoyos que recibe del ministro de marina.—De vuelta á las Antillas, Lavalette compra tierras en la Dominica.—Sus trabajos y sus empréstitos.—Su comercio en los puertos de Holanda.—Los corsarios ingleses apresan sus barcos.—Negocios del P. Lavalette protestados.—Los Jesuitas no se convienen en los medios de cortar este escándalo.—Son condenados á pagar *in solidum*.—Apelan de los tribunales consulares al parlamento.—Visitadores nombrados para la Martinica.—Accidentes que les detienen.—El P. de la Marche llega por fin á las Antillas.—Juzga y condena á Lavalette.—Su declaracion.—Los acreedores ante el parlamento.—El mariscal de Belle-Isle y el duque de Choiseul.—Carácter de este último.—Su carta á Luis XVI sobre los Jesuitas.—De la cuestion de quiebra, el parlamento se remonta á las cuestiones de la Orden.—Las congregaciones suprimidas.—Cooperacion de los judíos y los frac-masones.—Sentencia del 8 de Mayo de 1761.—El consejo del rey y el parlamento nombran cada uno por su parte una comision para el examen del instituto.—Chauvelin y Lepelletier Saint-Fargeau.—Dictámen de Chauvelin.—Manda el rey que se sobresea.—El parlamento elude la orden.—El parlamento recibe al procurador general como apelante de todas las bulas y breves en favor de los Jesuitas.—Decretos sobre decretos.—Los Jesuitas no se defienden.—Luis XV consulta á los obispos de Francia sobre el instituto.—Su respuesta.—Una minoría de quince votos pide algunas modificaciones.—Los Jesuitas declaran adherirse á la doctrina de los cuatro artículos de 1632.—Concesion inútil.—El rey anula

todos los procedimientos.—Libelos contra la Sociedad de Jesus.—Estracho de las Aserciones.—Los Jesuitas espulsados de los colegios.—Asambleas extraordinarias del clero de Francia.—La asamblea se pronuncia en favor de los Jesuitas.—La carta al rey.—Voltaire y d' Alembert.—Los parlamentos de provincia.—La Chalotais, Dudon y Monclar, procuradores generales de Rennes, de Bordeaux y de Aix.—Sus dictámenes.—Situacion de los parlamentos de provincia.—La mayoría y la minoría.—El presidente d' Eguilles y sus memorias inéditas.—El parlamento de Paris pronuncia su fallo de destruccion de la Compañía.—Los tribunales soberanos del Franco-Condado, de Alsacia, de Flandes y de Artois, así como la Lorena se oponen á la expulsion de los Jesuitas.—Confiscacion de bienes de la Sociedad.—Pension acordada á los Jesuitas.—Juicio de los protestantes sobre esta medida.—Proscripcion de los Jesuitas.—Causas de esta proscripcion, Schœel y La Menais.—Cristobal de Beaumont, arzobispo de Paris, y su pastoral sobre los Jesuitas.—Cólera del Parlamento.—El prelado es citado á la barra.—Su pastoral quemada por mano del verdugo.—Los Jesuitas obligados á optar entre la apostasia y el destierro.—Cinco sobre cuatro mil.—Carta de los confesores de la familia real á Luis XV.—Su respuesta.—El delfin en el consejo.—Edicto del rey que restringe los decretos del parlamento.—Clemente XIII y la bula *Apostolicum*.—Los Jesuitas en España.—Cárlos III los defiende contra Pombal.—El motin de Esquilache apaciguado por los Jesuitas.—Resentimiento del rey de España.—El conde de Aranda llega á ser ministro.—El duque de Alba y el emperador Nicolas I.—Los historiadores protestantes cuentan el modo con que se dispuso Carlos III contra el instituto.—Cartas apócrifas.—Choiseul y Aranda.—Sentencia del consejo extraordinario.—Misteriosa trama contra los Jesuitas.—Orden del rey dada á las autoridades civiles y militares, para arrestar á los Jesuitas á una misma hora.—D. Manuel de Roda y el confesor del rey.—La operacion cesárea hecha á la Compañía de Jesus.—Correspondencia de Roda.—Los Jesuitas arrestados en España, en América y en las Indias.—Amenazas diplomáticas de Roda.—Provocacion del ministerio á la Santa Sede.—Los Jesuitas obedecen.—El P. José Pignatelli.—Clemente XIII suplica á Cárlos III que le haga presentes las causas de tan gran medida.—Retenciones del rey.—Su obstinacion.—Breve del Papa.—Actitud del cardenal Torregiani.—Obliga al silencio al gobierno español.—Los Jesuitas arrojados al territorio romano.—Causas de su rechazo en aquel punto.—Protestante contra católico.—Roda en favor de los Jesuitas.—Los Jesuitas en Nápoles imitan á Aranda.—Los Jesuitas prescriptos.—Son espulsados de Parma y Malta.—Clemente XIII proclama la vacante del ducado de Parma.—La Francia se apodera de Aviñon, Nápoles de Benevento y Ponte-Corvo.—Amenazas del marques de Aubeterre en nombre de Choiseul.—Valor del Papa.—Su muerte.

A fin de apreciar con toda la equidad posible los sucesos que precipitaron en Francia la caída del Orden de San Ignacio, es preciso colocarse en el punto de vista protestante. En el acontecimiento de la destruccion de los Jesuitas, hubo sin duda, causas accesorias, móviles subalternos é intereses accidentales; pero el que predominó sobre todos fué indudablemente la necesidad en que se encontraban todas las sectas combinadas para aislar al catolicismo,

y para hallarle sin defensores en lo mas fuerte del ataque. Los escritores calvinistas ó luteranos han marcado perfectamente esta situacion. Schlosser dice [1]: “Se habia jurado un odio irreconciliable á la religion católica, desde hace tantos siglos incorporada al Estado. . . . Para dar fin á esta revolucion interior y para privar al antiguo sistema religioso y católico de su principal sosten, las diferentes cortes de la casa de Borbon, ignorando que se iba á poner la nueva instruccion de la juventud en manos muy diferentes, se reunieron contra los Jesuitas, á quienes los jansenistas, ya desde mucho tiempo ántes, habian quitado, por medios las mas veces equívocos, la estimacion adquirida despues de muchos siglos.”

No es solo este el único testimonio que obliga á confesar la verdad á la escuela protestante. Schœel se espresa en estos términos [2]: “Se habia formado una conspiracion entre los antiguos jansenistas y el partido de los filósofos; ó mejor dicho, como ámbas facciones tendian al mismo objeto, trabajaban con tal armonía, que cualquiera hubiera podido creer que concertaban sus medios. Los jansenistas, bajo la apariencia de un celo religioso, y los filósofos, bajo el de la filantropía, caminaban todos á la destruccion de la autoridad pontificia. Tal fué la ceguedad de muchos hombres pensadores, que hicieron causa comun con una secta, que hubieran aborrecido en el instante mismo, si hubieran conocido sus intenciones. Esta clase de errores no dejan de ser frecuentes; cada siglo tiene el suyo. . . . Mas, para echar por tierra al poder eclesiástico, era preciso aislarle en sí mismo, quitándole el apoyo de la falange sagrada comprometida hasta la muerte en la defensa del trono pontifical, es decir, los Jesuitas. Esta fué la verdadera causa de la animadversion que cayó sobre esta Sociedad. Las imprudencias cometidas por algunos de sus miembros dieron armas para combatir la Orden, y la guerra contra el jesuitismo se llegó á hacer popular, en términos, que el aborrecer y perseguir á un instituto, cuya existencia estaba unida á la de la religion católica y del trono, llegó á ser título suficiente para poderse llamar filósofo.”

Los escritores protestantes resuelven la cuestion. Segun ellos, los Jesuitas no fueron calumniados ni sacrificados, sino por la sola razon de ser la vanguardia y cuerpo de reserva de la Iglesia. La animosidad y la pasion no se resolvieron á destruirlos hasta el momento en que vieron demostrado que nada era bastante á separarlos del centro de la unidad, y hacerlos transigir con su deber de sacerdotes católicos. Teniendo en su mano el porvenir de las generaciones futuras, entorpecian el movimiento impulsado. Nada que

[1] *Histoire des revolutions politiques et litteraires de l' Europe au siecle XVIII*, t. I, par Schlosser, professeur d' histoire á l' université de Heidelberg.

[2] *Cours d' histoire des Etats européens*, t. XLIV, pag. 71.

fuese hostil á la Santa Sede, y por consecuencia á la religion, podia tener efecto, miéntras que los Jesuitas estuviesen al frente de tan sagrados objetos para neutralizar las tramas del pensamiento y las maquinaciones efectivas de una conspiracion perenne. Los Jesuitas eran incorruptibles en su fe. Rechazaban toda idea de conjuracion que amenazase á la autoridad espiritual, y por lo mismo se conspiró contra ellos, y se les declaró culpables, porque rehusaban asociarse á las intrigas que envolvian la ruina de la Santa Sede y de toda la monarquía. “En todas las cortes, en el siglo XVIII, dice Leopoldo Ranke (1), se formarán dos partidos, de los cuales el uno hacia la guerra al papa, á la Iglesia y al Estado, miéntras que el otro ponía su empeño en mantener las cosas en su estado antiguo, y en conservar las prerogativas de la Iglesia universal. Este último partido estaba principalmente representado por los Jesuitas. Esta Orden apareció siempre como el mas firme baluarte de los principios católicos; por lo tanto, ésta fué la primera contra quien se dirigieron los tiros.”

La tempestad tomaba cuerpo de diferentes puntos á la vez. Antiguas enemistades y recientes esperanzas filantrópicas, sueños fallaces, ambiciosos deseos, todo esto se coligó para precipitar la ruina de los Jesuitas. Los enciclopedistas suspendieron sus redoblados tiros contra los discípulos de Jansenio, y se estipuló tregua entre ellos, para acabar primero con el enemigo comun. Los unos olvidaron su fe parlamentaria; los otros su rencor filosófico, y todos de mancomun se encarnizaron contra la Compañía como el lobo con su presa. Contaba aquella con esforzados atletas á quienes hubiera sido difícil resistir; pero en el momento mismo del combate los Jesuitas fueron vendidos por la potestad civil. Dominados entonces por el vértigo que se apoderaba de todas las cabezas, se abandonaron á sí mismos. El poder y la autoridad moral no residían ya en la monarquía, y por consiguiente dejaron de concentrarse en los grandes cuerpos del Estado.

En medio de sus frívolos placeres y del profundo hastío que le iba consumiéndolo, Luis XV, sin pensarlo, se afanaba en envilecer la magestad del trono. Así como á Luis XIV, su abuelo, le habia sido concedido ver alzarse al rededor suyo ilustres capitanes, sabios y virtuosos prelados, y hombres de talento, que ampliando el círculo de sus ideas podían imprimir en los entendimientos un movimiento pacífico hácia el bien, la incuria del príncipe hizo girar á estas ventajas en sentido opuesto contra la religion y la monarquía. Luis XV no se atrevió á ser el rey de su siglo: Voltaire usurpó tan glorioso título, y fué en realidad el primero entre sus contemporáneos.

Era este hombre la expresion del espíritu frances elevado á su

(1) Histoire de la Papauté, tom. IV, pág. 486.

apogeo, genio destructor, que en su eterna movilidad echó por tierra, y mas con el chiste que con la convicción, cuanto hasta su tiempo se habia reputado como santo y digno de veneracion! Voltaire se habia impuesto una mision, que llenaba haciendo servir á sus fines la historia, la poesía, la novela y la mas activa de todas las correspondencias. Reformador sin crueldad, benéfico por naturaleza, sofista por hábito, adulador del poder por carácter y cálculo, hipócrita sin necesidad y sí por cinismo, corazón ardiente, que con igual prontitud se dejaba arrebatar de un sentimiento de humanidad como por una blasfemia, entendimiento escéptico que pudo haber tenido el orgullo del genio, y se contentó con la vanidad del talento, Voltaire reunía todos los contrastes, que aplicaba con el mejor acierto segun le convenia. Corrompíalo todo, porque adivinaba que la corrupcion era el elemento de la sociedad del siglo XVIII, brillante en su superficie, y sin embargo tan gangrenada en su interior. Esta se encuentra reflejada en su vida, reasumida en sus obras, y sobre ella camina por los anales del mundo. Los reyes y los ministros, los generales y los magistrados, todo desaparecía á su contacto. Desde la regencia de Felipe de Orleans hasta los primeros dias de la revolucion francesa, todo se da la mano para servir de fúnebre cortejo á un hombre, que amontonó á su alrededor tantas ruinas, y que aun reina hoy día por su irónica incredulidad. Voltaire habia formado los hombres de su tiempo á imagen de sus pasiones, y se hizo el distribuidor de la celebridad. La ciencia, el talento, los servicios hechos al país, nada fueron hasta que el vino á confirmarlos por su voto. La Francia y la Europa se poseyeron de un loco entusiasmo por el hombre que inmolaba con una sola burla la fe antigua y las glorias nacionales. Ya despues cuando la risa ó la indiferencia legitimaron esta soberanía, Voltaire dejó á sus adeptos el cuidado de terminar la obra de destruccion.

El ascendiente que el patriarca de Ferney ejercia sobre su siglo, tuvo tanto de prodigioso, que hizo aceptar como talentos de primer orden á una turba de medianías que se alimentaban del genio de los demas. Voltaire, educado por los Jesuitas, tenia un placer en honrar á sus antiguos maestros. Los veía tolerantes y amigos del saber humano, y jamas hubiera pensado en sacrificarlos á los parlamentos y á los Jansenistas, cuya exterior muestra de rigorismo, convenia con su carácter. No obstante, como para llegar al centro de la unidad católica era preciso pasar por los cadáveres de los granaderos de la Iglesia, Voltaire inmoló su afecto á los Jesuitas, en obsequio y buen resultado del plan que él y los suyos habian concebido. Estos querian *écraser l'infame*, horrible frase que tanto se ha repetido en el siglo XVIII. Los Jesuitas únicamente eran los que se oponían á la realizacion de este pensamiento, y los Jesuitas fueron el blanco de todos los ataques combinados. D' Alembert los perse-

guía con el raciocinio, Voltaire con la artillería de sus sarcasmos y los jansenistas con su infatigable aversión. Minóse el terreno que hollaban sus piés, se les presentó con el colorido mas exagerado y repugnante: aquí se les atribuía una fabulosa omnipotencia; allí se les hizo mas débiles aun que lo eran en realidad. Los enemigos de la Iglesia se constituyeron abogados de los privilegios episcopales. Todas las pasiones, todos los intereses se alistaron en esta cruzada contra la Sociedad. Buffon tenia á menos guardar relacion con ella, miéntras que Montesquieu, en 1755, moria cristiano en manos del P. Bernardo Bouth; pero ámbos escritores, aislados en su gloria, no se mezclaron sino á lo léjos en el tumulto de las ideas, y se respetó la neutralidad. No sucedió lo mismo con Juan Jacobo Rousseau. El filósofo de Ginebra se hallaba en el apogeo de su gloria. Desde el fondo de su soledad, este hombre, para quien la pobreza fué un lujo y una necesidad, se habia creado una inmensa reputacion. Los enemigos de la Sociedad trataron de afiliarle á sus banderas. Juan Jacobo, como sucede á las almas grandes, se declaraba siempre en favor de los oprimidos. “Se ensañan contra mí, decia en su carta á Cristóbal de Beaumont, por no haber querido abrazar el partido de los jansenistas, y por no haber tomado la pluma contra los Jesuitas, á quienes si bien no amo, no tengo al ménos queja de ellos, al mismo tiempo que los veo perseguidos.”

Estas excepciones no modificaban el plan trazado de antemano, ni impedían que D' Alembert escribiera á Voltaire (1): “No sé en qué vendrá á parar la religion de Jesus, pero lo que es su Compañía se encuentra en muy mala posicion.” Y, cuando la coalicion ha triunfado, D' Alembert deja escapar el grito de la filosofía, el último deseo que habia contenido hasta el dia de la caida de la Orden de San Ignacio. Los enciclopedistas han derribado el mas firme apoyo de la Iglesia; he aquí el plan que se desarrolla bajo su pluma. “Por lo que á mí toca, dice D' Alembert al patriarca, todo lo veo en este momento de color de rosa. Desde aquí distingo á los jansenistas espirando el año próximo de su muerte, dulce y tranquila, despues de haber hecho perecer en éste á los Jesuitas de muerte violenta; veo establecida la tolerancia, tornados los protestantes, casados los sacerdotes, abolida la confesion, y el fanatismo disipado, sin que él mismo lo perciba.

Si hubiera sido dado á la voluntad de un hombre prevalecer de esa manera contra la religion católica, jamas hubiera podido encontrar circunstancias mas propias á sus designios, y eso no obstante, la Iglesia ha sobrevivido á tan deshecha tormenta que, nacida al soplo de Voltaire, caía sin aliento sobre el cadalso de la revolucion.

[1] *Œuvres complètes de Voltaire*, tom. XLVIII, pág. 200, lettre du 4 Mai 1762.

En 1757 no se divisaba sino el lado bueno del sueño anticristiano. Los enciclopedistas le realizaban destruyendo la Orden de Jesus; los tribunales, socavando la autoridad real en otros puntos; y haciendo causa comun, aunque con pasiones nuevas, se alzaba otra secta, que pretendió sacrificarse por la felicidad del género humano. Esta secta caminaba bajo el estandarte de la economía política, ciencia indefinible, que no partiendo de principio alguno cierto, llega hasta las consecuencias mas absurdas. Debajo del manto de la economía política se cobijaban los utopistas, los amantes del progreso y los visionarios, que siempre andan á caza de la perfeccion imposible. Lamentábanse las miserias del pueblo, para las que nunca se encontraba remedio eficaz; se forjaban teorías inaplicables; se discutian las leyes que regian al país, y atacándolas en su esencia, se enseñaba á las masas á despreciarlas. Despues que los profesores de esta ciencia arrojaron las primeras semillas, los Quesnay ó los Turgot de aquel tiempo dejaron el puesto, para que los atrevidos que viniesen despues de ellos, recogiesen la abundante mies que aquellos hicieron germinar. Efectivamente, por las vagas doctrinas de la economía política principian todas las revoluciones. Así fué en el siglo XVIII, en el que esta ciencia elástica, que jamas dirá su última palabra, propagaba sus erróneas doctrinas con el apoyo de los ministros y de madama Pompadour. Todo cuanto era hostil á la fe católica ó contrario á los principios de un sabio gobierno, encontraba en las costumbres del poder una tolerancia que casi era proteccion. El reino de San Luis se hallaba trastornado por los sofistas ántes que llegasen á gobernarle los verdugos.

En medio de esta confusion de los entendimientos, los judíos, á quienes el mundo cristiano tan cruelmente hacia expiar su deicidio, comprendieron que no les quedaba por hacer sino arruinar con la usura las familias y los Estados. Con su tenacidad, cualidad distintiva de su carácter, el pueblo maldito se habia adherido como un gusano roedor á las naciones de Europa. Atormentado por unos, despreciado por otros, y despojado por todos, á beneficio de vergonzosos tratos, reconstituía su fortuna entre tanto que pudiese establecer su poderío. Se le prescribió y buscó en la asociacion un apoyo que el cielo parecia negarle. Le encontró efectivamente, creando por todas partes y bajo diferentes denominaciones, sectas y sociedades, que tramaban en las sombras la pérdida del cristianismo y de las monarquías. La irreligion proclamaba la igualdad de derechos, y llamaba á los hombres al goce de la libertad. Los judíos se presentaron como víctimas de la Iglesia. A fuerza de oro encontraron entre sus ontemporáneos, abogados que trasformaron en mártires á los usureros de la fortuna pública y privada. Esparcidos por el globo, correspondiéndose entre sí por medios desconocidos, favo-

recian y apoyaban todas las revoluciones intelectuales (1) y fueron los primeros que cooperaron al desarrollo que arrastraba al entendimiento humano hácia el abismo. Su papel era el de dar impulso, y ellos le dieron en toda Europa. Su acción fué tan secreta como sus esperanzas; pero estudiando á fondo los diferentes móviles que obraron sobre el siglo XVIII, es imposible negar la influencia que los judíos ejercieron sobre aquella sociedad voluptuosa y hambrienta de nuevas sensaciones. En las tinieblas de sus afiliaciones daban cuenta en voz baja de sus sueños, que tendían á la extinción del cristianismo, y estos sueños seducían á los entendimientos enfermos. En público no pedían mas que la pacífica conquista de sus derechos de ciudadanos, y ya que el poder les dejaba decir, querían que el mismo poder les dejase obrar. Se presentaban como estímulo y auxilio á las pasiones, bien persuadidos que tan solo su desbordamiento era lo único que podía facilitarles la ruina del mundo que la Iglesia habia constituido.

Las cuestiones religiosas se confundían con las políticas. El parlamento de París se habia visto desterrado en 1753; y para inmolar á su venganza una víctima que nadie les disputase, acusó á los Jesuitas por este golpe de Estado. Los Jesuitas inspiraban á la reina y al delfín sentimientos de repulsión contra la magistratura, manejaban al arzobispo de París, á ese Cristóbal de Baumont, que llevó la virtud hasta la audacia; disponían de Boyer, antiguo obispo de Mirepoix, encargado de la parte de beneficios eclesiásticos (2), ali-

[1] La acción de los judíos en los sucesos que han hecho célebre el fin del siglo XVIII está patente á todos cuantos han podido ahondar en el secreto de esta sangrienta y célebre época histórica. Los interesados han tratado por todos los medios posibles de borrar esta complicidad, haciendo perder el hilo de sus infernales maniobras. Pero el éxito no ha correspondido á las tentativas. Cuando Napoleón en los primeros años del imperio reunió en París el gran Sanhedrin, su tío, el cardenal de Jesch, le puso de manifiesto testimonios irrecusables de la verdad que acabamos de sentar. Las investigaciones de M. Desmarets, director de la policía secreta, vinieron luego á corroborar estos documentos, que fueron entregados al papa Pío VII, y que hoy día están en mi poder.

[2] El P. Perusseau, confesor del rey, murió en 1753. Desde ese momento se formó una liga para quitar este cargo á los Jesuitas. El antiguo obispo de Mirepoix se opuso á ello; y en los archivos de Gesu, en Roma, existe una carta de este prelado al general del instituto, en la cual se lee: "No tengo mérito alguno en lo que acabo de hacer por nuestra Compañía [escribe Boyer el 16 de Julio de 1753]. Era preciso, ó abandonar la religión, demasiado conmovida en estos tiempos calamitosos, ó colocar un Jesuita en el lugar de la cuestión. He seguido mis inclinaciones, lo confieso, pero en esto el deber pudo mas que la inclinación. Es una gloria para vosotros y al propio tiempo sin consuelo, en las circunstancias presentes; pues la apariencia sola de una desgracia para la Compañía hubiera causado una real y efectiva para la religión. Una vez excluidos los Jesuitas del puesto, el jansenismo triunfaba; y con el jansenismo una gran porción de incrédulos, cuyo número hoy día es ya muy numeroso."

mentaban en la casa del conde d'Argenson prevenciones que los parlamentos no habian soñado justificar; dominaban al mariscal de Belle-Isle, militar valiente, hábil diplomático y ministro que jamas transigió con su deber; hacían lo mismo con Machault y Paulmy; inquietaban la conciencia del rey, tenían á la marquesa de Pompadour siempre fija al pié de su confesonario; y por último, poderosos é influyentes, tanto en la corte como en las provincias, impedían el movimiento que con motivos muy diferentes, los tribunales, los jansenistas y los filósofos querían impulsar. Verdaderamente algunas de estas alegaciones no carecían de fundamento. Luis XV, anciano prematuro, disgustado de todo ménos del reposo, no daba oídos, á fin de procurársele, á ningun ruido siniestro, y carecía además de energía para hacer ejecutar su voluntad. Lucido talento, en medio de la voluptuosa apatía á que se hallaba entregado, veía el mal é indicaba el remedio; pero no se sentía con la fuerza necesaria para aplicarle. Preveía que la monarquía debia durar tanto como su vida; á eso se limitaba su real egoísmo. Vivía entre la disolución y remordimientos, mientras que, en derredor suyo, tanto su familia, como todos los corazones generosos, nunca cesaban de presentarle el cuadro desolador de las miserias materiales y morales que consumían á la Francia.

El parlamento estaba en desgracia, cuando el 5 de Enero de 1757, un hombre desconocido hirió al rey con un puñal. Este hombre pasó primero por ser criado de los Jesuitas, luego de los parlamentarios; se le creyó despues jansenista ardiente, y los jansenistas por descartarse de esa mancha, se apresuraron á achacar el atentado á los discípulos de S. Ignacio. La ocasión de dar publicidad á las doctrinas de regicidio atribuidas á la Compañía de Jesus, se presentaba naturalmente, y todos cayeron en el lazo. Solo Voltaire lo tomó como calumnia, y escribiendo á Damilaville, uno de sus compañeros de impiedad, decia (1): "Ya debéis conocer, hermanos míos, que nada perdono á los Jesuitas; pero estoy seguro que se alzaría la posteridad en su favor, si les acusase de un crimen del que la Europa y Damiens les han jus-

El P. Onofre Desmarets sucedió al P. Perusseau. Segun estos datos sacados del archivo de la Compañía de Jesus, y de la carta del obispo de Mirepoix, que concuerda con ellos, es muy difícil explicar lo que Mr. Lacrosette en el t. IV, p. 32, de su *Historia de Francia durante el siglo XVIII*, atribuye á Luis XV. Hablando de la secularización de los Jesuitas, refiere lo siguiente: "Se creía al rey muy agitado, aunque afectaba la indiferencia mas apática." "Sería gracioso, dijo el príncipe, ver secularizado y como un abate al P. Perusseau." El decreto del parlamento sobre esto fué en 1762, nueve años despues de la muerte de este Jesuita: ¿cómo podía suponerse que el rey aludiese á él? El conde de Sain Priest, que en la p. 52 de su *Caida de los Jesuitas* reproduce esta especie, incurre en el mismo error.

(1) *Oeuvres de Voltaire*, carta del 3 de Marzo de 1763.